



**«In principio erat Verbum,
et Verbum erat apud Deum,
et Deus erat Verbum (Jn 1)**

Queridos Hijos y Hermanos,

Estas tres frases con las que el apóstol San Juan comienza su Evangelio contienen la síntesis más alta y perfecta sobre el misterio de Cristo que se conozca en todos los tiempos. Habiendo referido los demás evangelistas la natividad del Señor según la carne, San Juan empezó su narración por la eterna generación del Hijo único del Padre. Por esta razón es comparado, en la representación de los cuatro seres del profeta Ezequiel, a un águila, la cual, cuando vuela, sube más alto que todas las demás aves, y mira frente a frente al sol sin que se deslumbren sus ojos. El vuelo del águila es figura de la contemplación. San Juan traspasa todas las esferas del aire, todas las alturas de las estrellas y todos los coros y las legiones de los ángeles. Dice San Agustín “Si no traspasase todo lo que ha sido creado, no hubiese podido llegar hasta Aquél por quien todas las cosas han sido hechas”. San Juan se remonta sobre las nubes de la humana debilidad, como se remonta el águila por los aires, y ve la luz de la verdad inmutable con los ojos firmísimos y penetrantes de su alma. Ve especialmente la divinidad de Jesucristo, por la que es igual al Padre. Ve también su Humanidad Santísima mediante la cual el Verbo se ha hecho carne.

Lo que en estas palabras y en todo el Prólogo de su Evangelio está contenido, será lo que la Iglesia bajo la conducción del Espíritu Santo intentará desentrañar durante siglos en los primeros Concilios ecuménicos. Por eso estas tres sentencias, entendidas según las posteriores definiciones dogmáticas, son como una luz fulminante que alumbró y, a la vez, difumina las tinieblas, es decir, como el esplendor de la verdad que resplandeciendo por sí solo desbarata el error.

“In principio erat Verbum”.

El concepto griego “logos”, latino “verbum” significa razón y verbo o palabra. En el texto de San Juan, es

la Palabra engendrada por el Padre: diciéndose a sí mismo, el Padre engendra al Verbo igual en todo a Sí, y no se hubiera dicho a Sí mismo de una manera completa y perfecta si hubiera algo mayor o menor en su Verbo de lo que hay en Él. Es que el Verbo engendrado por el Padre no es mayor ni menor que Él, sino igual en todo, salvo en las relaciones de oposición: paternidad y filiación.

Los libros inspirados nos presentan la voz inefable de Dios que contempla a su Hijo y proclama la bienaventuranza de su eterna fecundidad: “Yo mismo te engendré como rocío, desde el seno de la aurora” (Salmo 109,3); “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1,11).

San Agustín, buscando en el alma humana vestigios de la Trinidad, dice que nuestro verbo tiene cierta semejanza del divino Verbo. Porque nuestro verbo manifiesta todo lo que concibe nuestra inteligencia; de modo que, lo que concebimos en nuestra inteligencia, lo expresamos por medio de la palabra. Y en verdad, dice San Basilio, que nuestro corazón es una especie de fuente, y la palabra que pronunciamos es semejante a un riachuelo que procede de ella. Por eso, cuando el Padre engendra su Verbo, como principio fontal, en Él lo dice todo. Como indica San Juan de la Cruz comentando Hb 1: “En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo (Subida 2, 22, 4).

“Et Verbum erat apud Deum”

San Juan dice también esto por los que blasfeman diciendo que el Verbo no existía. ¿Pero en dónde estaba el Verbo? No en un lugar, porque no cabe en un lugar que tenga límite. Dice San Juan que el Verbo estaba con Dios. No dijo estaba *en* Dios, sino *con* Dios; manifestándonos que poseía la eternidad *como*

persona distinta del Padre. Como recordamos, Sabelio fue rechazado porque decía que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, eran una sola persona; que unas veces aparecía como Padre, otras como Hijo y otras como Espíritu Santo. Pero le contradicen evidentemente estas palabras: “Y el Verbo estaba con Dios”; porque aquí el Evangelista declara que uno es el Hijo, y otro el Padre, que aquí designa con el nombre de Dios.

“Et Deus erat Verbum”

Y luego, para hacer imposible la blasfemia y la duda de los que preguntan ¿Qué es el Verbo? o niegan la divinidad del mismo, San Juan responde: “Y el Verbo era Dios”. Dicho de otro modo, después de decir que el Verbo estaba con Dios indicando que eran dos personas distintas, aun cuando existiese una misma naturaleza, agrega: “Y el Verbo era Dios”. Con esto demuestra que así como es una misma naturaleza la del Padre y la del Hijo, así también es una misma divinidad.

Las palabras del Apóstol San Juan que hemos meditado muy superficialmente desvelan la más profunda realidad, la última verdad de Aquél que hoy celebramos recostado en un pesebre, hecho niño, llorando en los brazos de María. Con esas tres simples sentencias, que fácilmente podría uno pasarlas por alto como no diciendo mucho, el discípulo amado destruye todas las herejías que siglos más tarde iban a impugnar la verdad del misterio de Cristo. Pues bien, como el mismo Apóstol nos dice en el Prólogo de su primera carta, esta Vida que estaba escondida en el Padre, la que existía con Él eternamente, se nos ha manifestado. El Hijo Unigénito ha venido del seno del Padre a nosotros. Y todos inmersos en la plenitud de su Gracia, hechos partícipes de su filiación, somos por Él arrebatados a la Gloria del Padre. Somos ya hijos de Dios muy amados. Por eso decimos con el Apóstol: ¡Bendito sea el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, por habernos colmado, por medio de su Hijo y en su Hijo, de toda bendición espiritual, y habernos hecho sentar con El en los celestiales resplandores, donde en medio de una felicidad eterna engendra al Hijo de su eterna dilección! ¡Bendito sea el Verbo divino, hecho carne por nosotros, que nos ha devuelto, con la efusión de su sangre, la herencia celestial! ¡A Ti, Jesús, Hijo muy amado del Padre, Hijo de la Santísima Virgen María, sea dada gloria y alabanza! Amén, ¡Aleluya!